

TOROS Y POLÍTICA EN EL SIGLO XX: UNA PASIÓN CORRESPONDIDA

BULLS AND POLITICS IN THE 20TH CENTURY: A RECIPROCATED PASSION

José Luis González Fernández*
Universidad Complutense de Madrid - España

RESUMEN: Con el *Desastre del 98*, que abre el debate sobre el *Problema de España*, toros y política se revelan como dos elementos indisolubles. Asimismo, la rápida politización de la vida pública durante la dictadura de Primo de Rivera coincide con la irrupción del deporte y la cultura de masas, que, en España, incrementa el interés por el fútbol y los toros. Así lo demuestra el auge de las corridas de toros en la Segunda República y, sobre todo, la Guerra Civil, que politiza para siempre dichos festejos y activa muchos de los estereotipos que arrastraba España desde hacía siglos. En cualquier caso, al terminar el franquismo y dar comienzo la transición a la democracia, los toros son ya un símbolo aceptado universalmente como español, lo que explica el progresivo rechazo por parte del independentismo catalán y, finalmente, la prohibición de las corridas de toros en Cataluña.

PALABRAS CLAVE: toros, política, siglo XX, simbología.

ABSTRACT: With the Spanish-American War in 1898, which opens the debate on the Problem of Spain, bulls and politics are revealed as two inseparable elements. Likewise, the rapid politicization of public life during the dictatorship of Primo de Rivera coincides with the irruption of sport and mass culture, which, in Spain, increases interest in football and bulls. This is demonstrated by the rise of bullfights in the Second Republic and, above all, the Civil War, which politicizes these celebrations forever and activates many of the stereotypes that Spain had dragged on for centuries. In any case, at the end of the Franco regime and at the beginning of the transition to democracy, bulls are already universally accepted as a Spanish symbol, which explains the progressive rejection by Catalan independence and, finally, the prohibition of bullfights in Catalonia.

KEYWORDS: bulls, politics, 20th century, symbology.

* **Correspondencia a / Corresponding author:** José Luis González Fernández. Calle de Agustín Querol, 6, 5.º C (Madrid) CP: 28014. España – jlgonzfern@gmail.com – <https://orcid.org/0000-0002-6507-0400>

Cómo citar / How to cite: González Fernández, José Luis (2022). «Toros y política en el siglo XX: una pasión correspondida», *Historia Contemporánea*, 68, 263-293. (<https://doi.org/10.1387/hc.21498>).

Recibido: 2 marzo, 2020; aceptado: 2 abril, 2020.

ISSN 1130-2402 - eISSN 2340-0277 / © 2022 Historia Contemporánea (UPV/EHU)



Esta obra está bajo una Licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

1. En el principio fue el *Desastre*

La tarde en que llegaron a España las noticias del *Desastre*, el pueblo de Madrid, que abarrotaba la calle de Alcalá, se dirigía a la plaza de toros para ser partícipe de la fiesta... nacional. «El contraste —ha escrito Núñez Florencio— no podía ser más revelador: una sociedad frívola e inconsciente, solo interesada en sus diversiones tradicionales, mientras la nación atravesaba uno de los momentos más dramáticos de su historia».¹ Ahora bien, esta anécdota, rica en detalles y harto significativa, no debe inducir a engaño. Porque bien es cierto que el *Desastre* dejó a España, en célebre expresión de Francisco Silvela, «sin pulso».² Pero no lo es menos que, a pesar de tamaña sacudida (moral, más que política o económica), 1898 fue un año prolijo en demostraciones —bien orquestadas, bien espontáneas— de exacerbado patriotismo, en las que tomaron parte todos los sectores políticos de la sociedad, desde el anarquismo militante hasta el monarquismo más genuino. Para muestra, lo sucedido en Valencia, donde, «un día sí y otro también», ha apuntado Varela, la calle fue testigo de la exhibición de banderas nacionales (rojigualdas), de los vítores a España y al Ejército y de algún que otro episodio de iconoclastia, como la destrucción de un retrato de Alfonso XIII, coronado en 1902. Todo ello, además, aderezado con coplas alusivas:

*Despertó el león dormido
Al grito de ¡viva España!
Su despertar costará
Mucha sangre americana.*³

Si la batalla contra Estados Unidos habría de dirimirse en el terreno simbólico, el resultado no ofrecía dudas: el cerdo *yankee* poco o nada tenía que hacer contra el león, que, a los pies de su inseparable matrona, había devenido en símbolo por excelencia del pueblo español. ¿Sería capaz el león, ya despierto y vigoroso, de arreglárselas por sí solo? Por si acaso, irrumpía en la escena pública otro animal: el toro, que, durante el convulso siglo XIX, había seguido los avatares de la política española desde la barrera.

¹ Núñez Florencio, 2013, pp. 441-442.

² *El Tiempo*, 16.08.1898.

³ Varela, 2015, pp. 209-211.

En lo que toca al toro, el celo patriótico que desató el 98 se reflejó —y de qué manera— en las llamadas *corridos patrióticos*, que, cargadas de simbolismo, recorrieron céleremente toda España, no en vano calificada como *piel de toro* (término que hace referencia a la Península Ibérica). En una de ellas, celebrada el 24 de abril en Barcelona, el público demostró, según *El Enano*, su «incomparable entusiasmo patriótico». Y no sólo porque muchos aficionados llegaran a la plaza ataviados con toda suerte de distintivos con «los colores nacionales» o porque, una vez dentro, enarbolaran «en gran tamaño nuestra gloriosa enseña» y dieran «vivas a España». Sino, también, porque la entrada de las cuadrillas al ruedo se hizo «a los acordes de la patriótica *Marcha de Cádiz*»,⁴ que, en el contexto de la crisis colonial —han señalado Moreno Luzón y Núñez Seixas—, «se repitió *ad nauseam* en todas partes», en ocasiones acompañada de *La Marsellesa* o la *Marcha real*, según los promotores de la manifestación.⁵ Tampoco debe resultar extraño que fuera Barcelona la ciudad que acogiera no pocos de estos festejos, porque, como ha reflejado Carballa, «ha sido uno de los centros taurinos más importantes dentro de la cultura mediterránea», como así lo prueba el hecho de que «fue la única ciudad del mundo que tuvo tres plazas de toros activas»: La Barceloneta (1834), Las Arenas (1900) y La Monumental (1914).⁶

En el ámbito taurino, el *Desastre*, lejos de apaciguar el ánimo patriótico en Barcelona, lo excitó. Cabe, pues, imaginarse lo ocurrido en otros feudos inexpugnables de la taurofilia, como Sevilla o Madrid, «capital del toreo mundial», según Forneas, gracias a la afición y a sus plazas.⁷ En Sevilla, el 27 de abril, se celebró una corrida con el objeto, leemos en *El Toreo*, de «allegar recursos con que fomentar nuestra marina de guerra». De ahí que los toreros que se echaron al ruedo lo hicieran «por puro patriotismo» y brindaran algunos de sus toros «porque mueran los yankees y viva España» o «porque viva España mil veces».⁸ Como ya había ocurrido en Barcelona días antes, los aficionados, engalanados con todo tipo de adornos «con los colores nacionales», entraron en la plaza al grito unánime de «¡Viva España!» Y tanto el palco real como el albero habían sido decorados, respectivamente, con «un cuadro de flores naturales en el que se leía *viva el rey*»

⁴ *El Enano*, 29.04.1898.

⁵ Moreno Luzón y Núñez Seixas, 2017, p. 79.

⁶ Carballa, 2014, pp. 50-51.

⁷ Forneas, 1994, p. 65.

⁸ *El Toreo*, 3.05.1898.

y con «serrín de colores, formando en el centro grandes tiras encarnadas y amarillas con un gran letrero en azul que decía: ¡VIVA ESPAÑA!»⁹ Pero el fervor patriótico que inundó todas las plazas de España llegaría al sùmmum en Madrid, donde, en algún que otro cartel taurino, ha escrito Amorós, «se subraya en grandes letras que se trata de la FIESTA NACIONAL, sobre un fondo rojo y gualda».¹⁰ La del 12 de mayo, organizada con el ánimo de aunar esfuerzos y recabar fondos para la lucha que libraba España contra Estados Unidos, estuvo presidida por el conde de Romanones, alcalde de Madrid a la sazón, que vio cómo las cuadrillas hacían el paseíllo al son, una vez más, de la *Marcha de Cádiz*.¹¹ Así refleja *La Lidia* el ambiente que se respiraba dentro y fuera de la plaza:

Los colores de la bandera española destacaban por todas partes, en sombreros, lazos, sombrillas, corbatas y cinturones. [...] En los arrees del ganado de los carruajes, resaltaban igualmente los colores rojo y gualda, y coches y tranvías corrían empavesados con el pabellón nacional. Era realmente la obsesión de la gloriosa enseña española. [...] La única nota discordante era el tiempo, que en rudo vendaval, había destrozado la extensa bandera que había de ceñir la monumental Puerta de Alcalá, hacía flotar las colgaduras que adornaban los balcones de la carrera, y desgarraba los gallardetes que de trecho en trecho se extendían por el camino. [...] ¡Viva el toreo! ¡VIVA ESPAÑA!¹²

Perfilado el eje Barcelona-Sevilla-Madrid, o sea, el núcleo duro de la afición taurina, el mapa quedaría dibujado con la celebración de corridas patrióticas en otras importantes plazas de la geografía española, como Bilbao, San Sebastián, Zaragoza o Valencia, donde, el 22 de mayo, saldría por la puerta de toriles un toro llamado —he aquí la influencia del *blasquismo*— *Federal*.¹³

Con el 98, toros y política se revelaban como dos elementos indisolubles. Porque, gracias, entre otras cosas, a las corridas patrióticas, la nación y su forma de gobierno, esto es, España y la Monarquía, estrechaban inexorablemente la mano para, juntas, lidiar el toro de la decadencia y la degeneración nacionales. Y todo, al abrigo de los colores rojo y gualda,

⁹ *El Enano*, 1.05.1898.

¹⁰ Amorós, 1999, p. 44.

¹¹ *El Toreo*, 13.05.1898.

¹² *La Lidia*, 16.05.1898.

¹³ Varela, 2015, pp. 209-211.

los de la bandera, ya por aquel entonces —no siempre había sido así— nacional. Como la fiesta. Con el *Desastre*, asimismo, se abrió el debate sobre el *Ser de España*, que vertebraría todo el debate público posterior y en el que participarían todos los actores político-intelectuales de la hora, cada uno de los cuales articularía su propio proyecto regeneracionista, ya republicano o monárquico, ya democrático o dictatorial. Y en ese terreno intermedio, regeneracionista por definición, habrían de enmarcarse los toros, que, pese a la proliferación de festejos, andaban de capa caída. Como la nación. 1898, «sin que pueda ya remediarse —sentencia *La Lidia*—, habrá de ser uno de los más penosos bajo su aspecto taurino».¹⁴

Cobró especial relevancia tras el 98, pero el vínculo entre política y toros venía de lejos. Al menos, desde el origen de las corridas, que Carballa sitúa cronológicamente «entre la segunda mitad del siglo xv y finales del siglo xvii»,¹⁵ período en que, según Cossío, se conquista «el último escalón en el progreso de este juego o deporte que venía a erigirse en espectáculo consuetudinario y normal».¹⁶ No obstante, es en el xix cuando a la fiesta de los toros se le añade, definitivamente, el adjetivo nacional. Era lógico, en consecuencia, que semejante acontecimiento, cada vez más democratizado, llamara la atención de no pocos periodistas y escritores de la época, cuyos testimonios —ya taurófilos, ya taurófobos, ya indiferentes— permearon toda la centuria. Mariano José de Larra advertía a comienzos de siglo de la existencia de

una clase de entes [que] no va a estas funciones: esa bandada de sentimentales que han pasado el Bidasoa, que en sus aguas, como pudieran en las del Leteo, se despojaron de todo lo español que llevaban [...]. Para éstos son insípidos los toros, y repiten con énfasis: *Función bárbara*.¹⁷

Y en 1845, uno de los máximos exponentes del periodismo taurino, *Pero Grullo*, utilizaba la metáfora taurina para arremeter severamente contra la clase política de la época, porque, «si para nosotros son toros los que salen a lidiarse a la plaza, para ellos lo es la nación, y por eso la pican, la clavan banderillas, y la saltan al trascuerno».¹⁸ Pero si hubo alguien que dio

¹⁴ *La Lidia*, 6.06.1898.

¹⁵ Carballa, 2014, pp. 23-24.

¹⁶ Cossío, 1997, p. 90.

¹⁷ Larra, 1976, p. 175.

¹⁸ Cit. por Villán, 2006, pp. 86-92.

plenamente en el clavo, demostrando hasta qué punto la fiesta de los toros era ya un asunto nacional, fue un «aficionado a toros» —como él mismo se define— llamado D.G.H., quien, en 1887, en una carta dirigida a *La Voz de la Caridad*, expresó su malestar por la crueldad inherente a dicho festejo: «Caen monarquías y se levantan repúblicas, y se van, y vienen restauraciones, y los gobiernos de tendencias encontradas se encuentran en la conformidad de no perseguir ni directa ni indirectamente las corridas de toros».¹⁹ Lo que, durante el XIX, no dejaron de ser testimonios aislados, fruto de las filias o fobias de literatos y aficionados para con la fiesta nacional, devino constante tras el 98: de una parte, empezó a debatirse sobre la pertinencia de las corridas en una España que debía mirar a Europa; de otra, comenzó a utilizarse al toro como símbolo y metáfora de la nación, bien para resaltar sus virtudes (bravura, pasión, desprecio a la muerte...), bien para descubrir sus defectos (atraso, subdesarrollo, pulsión autodestructiva...).

La espita de la acerada crítica hacia las corridas, que recoge buena parte del pensamiento ilustrado, aunque con grandes dosis de romanticismo, la abren regeneracionistas y noventayochistas, harto preocupados por el *Problema de España*, que se manifiesta de forma aguda con el *Desastre*. Conocido es el antitaurinismo general del krausoinstitucionalismo y el regeneracionismo, encarnados, respectivamente, en Francisco Giner de los Ríos y Joaquín Costa, que Amorós atribuye tanto a «su europeísmo» y «su racionalismo» como a «su austeridad puritana de propósitos y costumbres».²⁰ Y es sabido, asimismo, el antitaurinismo de que hizo alarde la literaria, más que intelectual o política, *Generación del 98*. Miguel de Unamuno, sin ir más lejos, subrayó en varias ocasiones la brutalidad moral y física que afectaba a este tipo de espectáculos; y Pío Baroja siempre recordó con pesadumbre cómo el pueblo de Madrid recibió la noticia del *Desastre* en una tarde de toros.²¹ El menos afamado a nivel literario tal vez sea Eugenio Noel, quien, sin embargo, se mostró visceralmente crítico con las corridas. Así lo demuestra la temprana publicación, entre otros, del libro *Escritos antitaurinos*, donde carga las tintas contra todo lo relacionado con la fiesta nacional. Un libro que, durante el siglo XX, dependiendo de la actualidad que cobre el tema, ha sido objeto de numerosas ediciones. Pero una de ellas, de 1967, fue especialmente simbólica, pues corrió a cargo de la editorial *Taurus*, acepción latina de toro.

¹⁹ Cit. por *La Defensa de la Sociedad*, 16.10.1877.

²⁰ Amorós, 1999, p. 77.

²¹ *Ibidem*, p. 44.

Como ha visto Villán, «hay dos elementos claves que dan perenne actualidad a las corridas de toros: las polémicas que suscitan y la literatura que generan».²² En ese sentido, pues, estaríamos hablando del toro y las corridas como símbolos genuinamente españoles.

Lo que se potenció, en fin, con el *Desastre*, ha resumido Núñez Florencio, fue el rechazo de gran parte de la intelectualidad de entresiglos hacia dicho festejo, «considerado prototipo del atraso nacional, epítome de la barbarie de una sociedad y representativo de la crueldad de una cultura atávica». Interpretación que, extremada, «lleva a ubicar la fiesta de los toros en el campo específico de la *España negra*».²³ Un debate que toma cuerpo, precisamente, en un momento en que la fiesta nacional —bien como espectáculo de masas, bien como objeto de análisis— comienza definitivamente a internacionalizarse. En Latinoamérica, además del interés de poetas como Rubén Darío, existen importantes plazas en países como Colombia o México, algunas de las cuales vienen de esta época; en ciudades del sur de Francia (Nimes, Arlés, Bayona...) se vienen celebrando desde entonces importantes corridas en las que se iza la bandera tricolor y se interpreta *La Marsellesa*; y en Portugal, donde se consolidó la tradición del toreo a caballo, hubo importantes personajes públicos, como Anselmo de Andrade, que valoraron positivamente las corridas. Con el 98, asimismo, se evidenció otro factor que devendría constante: cuanto más se critica a la fiesta nacional, más se ensalza al toro, símbolo de una España vigorosa y noble; aspecto que potenciará hasta el extremo la *Generación del 27*. En otras palabras, a mayor politización de la intelectualidad, mayor énfasis en la fiesta nacional y menos en el toro.

Y política fue, como ninguna otra en la historia de España, la *Generación del 14*, acaudillada por José Ortega y Gasset, quien, pese a no profesar afición por los toros, estableció entre éstos y España un estrecho e inequívoco maridaje histórico: «Para un español la palabra *toro* no significa un concepto tan genérico como *Bull* para un inglés o *Stier* para un alemán».²⁴ Otro destacado integrante de dicha generación, el doctor Gregorio Marañón, afirmó en su lecho de muerte llevar tiempo «muy retirado de los toros, pero conservo la afición antigua y el gran interés que me inspiran sus lances».²⁵ Pero si hubo alguien que vinculó los toros a la política, como afición y ob-

²² Villán, 2006, p. 7.

²³ Núñez Florencio, 2013, pp. 441-443.

²⁴ Ortega y Gasset, 1986, p. 144.

²⁵ Cit. por Amorós, 1999, p. 83.

jeto de estudio, fue el escritor Ramón Pérez de Ayala, con la publicación, en 1918, del libro *Política y toros*, donde afirma que

si yo fuera dictador de España, suprimiría de una plumada las corridas de toros. Pero, entre tanto que las hay, continúo asistiendo. Las suprimiría porque opino que son, socialmente, un espectáculo nocivo. Continúo asistiendo porque, estéticamente, son un espectáculo admirable y porque, individualmente, para mí, no son nocivas, antes sobremanera provechosas, como texto en donde estudiar psicología del pueblo español.

Reconocer el componente desagradable consustancial a las corridas no era óbice para ver en ellas algo esencialmente español, muy difícil, por muchas razones, de exportar. Tanto es así, que, preguntado por el futuro de la fiesta nacional, Pérez de Ayala se mostró contundente: «Los toros no pueden morir. Moriría España».²⁶ Aún habría de pasar mucho tiempo. Pero Ortega, Marañón y Pérez de Ayala fundaron, en febrero de 1931, la Agrupación al Servicio de la República.

Inclasificable generacionalmente, pero acérrimo crítico de las corridas, fue siempre Leopoldo Alas Argüelles, rector de la Universidad de Oviedo, quien, en 1913, en un artículo en *El País*, tildaba a la fiesta nacional de «inculto espectáculo», animando a sus paisanos a «luchar hasta librarnos de la amenaza taurina». No obstante, hijo de su tiempo, cae varias veces en el esencialismo: «Asturias, que es España sin disputa, no es Castilla, y aún menos Andalucía, y de ello debe darse por satisfecha». Porque en Asturias, añade, una corrida «es mil veces más odiosa que en Sevilla o en Madrid», donde son igualmente odiosas. La vehemencia del análisis de Alas Argüelles llega al punto de afirmar que los asturianos aficionados a la fiesta nacional «deben ser considerados como enemigos de Asturias».²⁷ Un debate, en fin, sobre el *Ser de España* que surge en el 98 y prosigue en el contexto de la Gran Guerra, potenciado por la elección entre aliadófilos y germanófilos, o, lo que era lo mismo, entre civilización y barbarie. Y bárbaras eran, para este elenco de críticos, las corridas, «ese monstruo de impurezas espirituales», como las calificó Costa en 1894.²⁸ En 1920, Alas Argüelles se echaba de nuevo al ruedo público para embestir, desde la revista *España*, contra lo que él considera «una calamidad, un espectáculo

²⁶ *Ibíd.*, pp. 81-82.

²⁷ Alas Argüelles, 2017, pp. 342-344.

²⁸ Costa, 2005, pp. 34-35.

vergonzoso, una escuela de malos instintos y otra porción de cosas por el estilo». Además, impulsado por «su celo europeizante», conmina a los dirigentes políticos, cualesquiera que fuera su signo, a adoptar «las más duras y violentas medidas de gobierno que condujeran a la ansiada desaparición de la aborrecida fiesta». Para el hijo de *Clarín*, en suma, no cabía otra cosa que abolir, por y para siempre, ese «espectáculo salvaje», el cual no era sino «el indicio de un defecto nacional», que, al menor descuido, podía aflorar en otro tipo de espectáculos. Porque, como concluye, «nosotros, los asturianos, hemos puesto en el *foot ball* un espíritu taurino».²⁹

Lo que denunciaba Alas Argüelles —la utilización del vocablo en inglés es elocuente— no era más que la súbita y definitiva irrupción del deporte y la cultura de masas, que caló hondamente tanto en España como en Europa y el resto del mundo. En términos generales, se evidenció en las sucesivas organizaciones de las modernas Olimpiadas, nacidas en Atenas a fines del xix; y en Estados Unidos, por ejemplo, no pudo por menos de concretarse en las *tres bes*: baloncesto, béisbol y boxeo. En España, semejante espíritu de diversión cuajó en el fútbol y los toros. No en vano, fue en la década de los veinte cuando surgen y se consolidan grandes equipos de fútbol, como el Real Oviedo o el Real Sporting de Gijón, a que hacía implícita referencia Alas Argüelles; y fue, también, en los años veinte, cuando se construyen grandes espacios deportivos, como campos de fútbol y plazas de toros, cuando experimentan su mayor auge todo tipo de publicaciones deportivas y taurinas, y cuando explotan, consagrándose, grandes figuras del fútbol y el toreo, como Ricardo Zamora o Juan Belmonte. Era lógico, en consecuencia, que, en ciertos sectores de la sociedad, se extendiera la preocupación de que el fútbol trajera consigo la liquidación de la fiesta nacional como entretenimiento predilecto del pueblo. Falsa alarma. Porque las plazas de toros son realidades preexistentes al levantamiento de estadios de fútbol para albergue de miles de personas ávidas de ocio, lo que «resultaba determinante para toda iniciativa que implicara al *pueblo*. ¿Qué mejor sitio para una concentración o un gran mitin, para una reivindicación o una protesta que los magnos cosos taurinos?»³⁰

¿Vendría el fútbol, un deporte de importación, a sustituir las tan españolas corridas de toros? El tiempo diría. Pero si algo demostró la celeridad de la invasión del fútbol y el paulatino desarrollo de los toros era el vacío

²⁹ Alas Argüelles, 2017, pp. 344-347.

³⁰ Núñez Florencio, 2013, pp. 449-450.

normativo de que adolecían. Así, el guante que lanzaba Alas Argüelles al político de turno sería recogido por el general Primo de Rivera, quien, en 1923, subió al poder previo golpe de Estado. Como buen regeneracionista —aquel *cirujano de hierro* al que apeló Costa—, una de las medidas que tomó Primo de Rivera fue prohibir, mediante Real Orden, que los caballos de picar saltaran al ruedo a pecho descubierto; por decirlo al pie de la letra, la idea de la nueva ley era «proveer a los caballos de un peto que, en lo posible, les defienda de las acometidas de las reses, aminorando el riesgo a que están expuestos».³¹ De la misma forma que era insoportable, por muy dictatorial que se fuera, el atraso en las zonas rurales o las elevadas tasas de analfabetismo, era irritante ver en las plazas «tales accidentes viscerales», según los bautiza Ernest Hemingway (principal responsable, en este punto, de la imagen de España en el extranjero), al ser los caballos corneados por los toros en el vientre.³² Porque, hasta el momento, era cosa común, como acreditan visualmente grabados y litografías de la época, ver morir en las plazas de toros... más caballos que toros.

2. Dictadura, república, guerra

El proceso de rápida politización de la vida pública durante la dictadura de Primo de Rivera habría de traer consecuencias. Eugenio Vegas Latapié recuerda con orgullo cómo por esas fechas, en un acto celebrado en la Academia de Jurisprudencia de Madrid, abarrotado de socialistas y republicanos, casi llega a las manos con los allí presentes. Porque, no contento con proclamar «que de los males de España no era responsable la Monarquía, sino el liberalismo y la democracia», tuvo a bien subrayar sus palabras recurriendo a la metáfora del toro: «Yo salgo al ruedo, con el capote al hombro del duque de Toledo, a lidiar a equis bichos de la ganadería de la Mariana del gorro frigio».³³ En la etapa primorriverista, taurinos y antitaurinos los hubo por doquier, a veces en el mismo lugar, que solía ser París, exiliados con motivo de sus encontronazos con Primo de Rivera y/o Alfonso XIII, como Unamuno o Vicente Blasco Ibáñez. En honor —luego a la memoria— de este último se brindaron en las primeras décadas del siglo no pocos toros en Valencia, hecha a su imagen y seme-

³¹ *Gaceta de Madrid*, 9.02.1928.

³² Hemingway, 1993, p. 13.

³³ Vegas Latapié, 1983, p. 69.

janza. Carlos Esplá, gobernador civil de Alicante tras la proclamación de la Segunda República, recuerda la semana de festejos que se organizó en Valencia en 1921, cuando Blasco regresó de su periplo allende los mares; cómo el día dedicado a *Sangre y arena*, «Manolo Granero brindará un toro a Blasco».³⁴ *Sangre y arena* —no se podía decir más con menos— era una de las más importantes novelas del escritor y político valenciano; novela, por cierto, que no agradó a otro aficionado a los toros, el socialista Indalecio Prieto, quien lamenta desconocer «estudios profundos del mundillo taurino, rebosante de interés. El de Vicente Blasco Ibáñez en *Sangre y arena* peca de superficial y hasta de algo falso».³⁵ De esta forma, pues, se derribaba un poderoso y duradero mito, a saber: la taurofilia como un sentimiento privativo de la derecha política e ideológica.

A medida que se radicalizaba el escenario político, más interés cobraba, para bien o para mal, todo lo relacionado con el toro. Y no al revés, para disgusto de Alas Argüelles, que, en 1926, desde *El Sol*, volvía a la arena pública para celebrar que «todos cuantos esfuerzos se hagan para aclimatar entre nosotros la llamada *fiesta nacional* están condenados al fracaso». Porque, en Asturias, ni hay ni puede haber afición por dicho espectáculo. Sin embargo, Alas Argüelles vuelve a tropezar con el esencialismo al establecer, casi con términos orteguianos, las diferencias entre el norte y el sur de España y Europa. En otras palabras, las corridas eran naturales en el sur de España (más sentimental y bárbaro, *invertibrado*) toda vez que artificiales en el norte (más racional y civilizado, *vertebrado*): «El hombre de toros —valga la frase—, agradable en Andalucía, soportable en Madrid, ridículo algo más arriba, es tanto más absurdo cuando más caminamos hacia el norte». Era necesario, pues, librarse de tamaño desatino prohibiendo, de una vez por todas, las corridas. Porque, «de lograrlo, y piensen en ello los asturianistas incondicionales, seríamos la única región de España que, en este punto concreto, podría codearse con Europa».³⁶

Del sur, de Andalucía, fueron muchos de los miembros de la *Generación del 27*, punta de lanza de la utilización del toro como símbolo y metáfora de España. De sus propias vidas, incluso. Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Pedro Salinas o Luis Cernuda siempre mostraron interés tanto por el toro como por las corridas —más el primero que las segundas—. Pero hubo varios de sus coetáneos que destacaron por en-

³⁴ Esplá, 2002, p. 65.

³⁵ Prieto, 1969, pp. 151-152.

³⁶ Alas Argüelles, 2017, pp. 163-165.

cima del resto. Es el caso de Rafael Alberti con *El toro de la muerte*, Miguel Hernández y su impresionante *Llamo al toro de España* o Vicente Aleixandre, en cuyo *Toro* llegan a intuirse componentes autobiográficos:

*Oh tú, toro hermosísimo, piel sorprendida,
ciega suavidad como un mar hacia adentro,
quietud, caricia, toro, toro de cien poderes,
frente a un bosque parado de espanto al borde.*³⁷

Una estela que, más tarde, seguirían poetas de todo matiz y condición, como Blas de Otero con *No quiero que le tapen la cara con pañuelos* o José Hierro, donde, en su *Soneto al toro*, éste adquiere visos de animal cuasi sagrado, por el que sólo debe sentirse compasión y respeto:

*No inscribáis en un círculo su vida
final, para que triste, intervenida
muera de acero, cieguen de escarlata
sus miradas que todo lo tuvieron,
todo —juncos y arenas— lo supieron
cielo de azul, amanecer de plata.*³⁸

Pero quien más recurrió a símbolos como los caballos, la sangre y, sobre todo, los toros fue Federico García Lorca, como así lo demuestra su *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, elegía que, salvando las distancias, puede compararse con la biografía de *Juan Belmonte, matador de toros*, del periodista y escritor liberal Manuel Chaves Nogales, ambas de 1935. A los toros, asimismo, Lorca unió indisociablemente otros rasgos como el flamenquismo o el andalucismo, contribuyendo formidablemente a extender —más fuera que dentro— una imagen romántica y estereotipada de España. Por tanto,

el desprecio mayoritario en los escritores de la Generación del 98 se trueca en actitud crítica pero mucho más comprensiva en los autores de la del 1914, para encontrar un tono cada vez más favorable en las corrientes de 1927 y 1936, hasta el punto de llegar al entusiasmo y la efusión lírica de los grandes poetas del momento.³⁹

³⁷ Aleixandre, 2001, p. 269.

³⁸ Hierro, 1999, p. 110.

³⁹ Núñez Florencio, 2013, p. 452.

Ya en los prolegómenos de la Segunda República, «críticos y adeptos —y entre ellos, los defensores de toda la gama intermedia de actitudes— convergen en vincular los toros y lo español como partes de una misma realidad».⁴⁰ En 1929, además, terminaba de construirse la emblemática plaza de Las Ventas, que habría de convertirse en la más importante de Madrid, España y —tal vez— el mundo. Entonces... ¿para qué iba a servir la ya extinta plaza de Madrid, la más laureada de España hasta la fecha? Enseguida lo desvelaría aquel histórico año de 1930, en que la Conjunción republicano-socialista, surgida del Pacto de San Sebastián, se dispuso a tomar definitivamente cuerpo. ¿Cómo? Con la organización de los denominados *mítines de afirmación republicana*, los cuales recorrieron rápidamente las plazas más relevantes de España. Porque «es obvio que siempre existió la tentación de instrumentalizar la afición taurina en beneficio de ciertos sectores o al servicio de algunas banderías».⁴¹

El primero y más sonado de aquellos «desfiles de revista civiles», según los ha definido Ben-Ami,⁴² tuvo lugar el 28 de septiembre de 1930 en la plaza de Madrid. La asistencia, en torno a las 20.000 personas, estuvo formada por periodistas, políticos, abogados, catedráticos, mujeres, militares y... toreros. Y en él intervinieron oradores de la talla de Diego Martínez Barrio, Manuel Azaña, Marcelino Domingo, Niceto Alcalá-Zamora y Alejandro Lerroux. «Magnífica entrada —leemos en *Crónica*—. Se han agotado las localidades, y el ruedo está lleno de público».⁴³ Corría el año 1930. Y explotaba definitivamente, consolidándose, la política de masas en España. A nivel político, por tanto, no había duda alguna: a fines de 1930, tras los *mítines de afirmación republicana* y otros episodios de similar cariz, ha señalado Townson, «la movilización republicana alcanzó su punto culminante».⁴⁴ ¿Y en el plano simbólico? «La presidencia —escribe *El Imparcial*— se había colocado sobre la meseta del toril, adornándose con banderas republicanas».⁴⁵ Pero... ¿cómo era la bandera republicana? «Los palcos —refleja *La Libertad*— ofrecían un aspecto bellísimo, pues todo el barandal lucía centenar y medio de banderas con los colores republicanos: rojo, amarillo y morado».⁴⁶ Así era, en efecto,

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 446-447.

⁴¹ *Ibidem*, p. 450.

⁴² Ben-Ami, 1990, pp. 163-164.

⁴³ *Crónica*, 5.10.1930.

⁴⁴ Townson, 2002, pp. 33-34.

⁴⁵ *El Imparcial*, 30.09.1930.

⁴⁶ *La Libertad*, 30.09.1930.

la bandera tricolor republicana, que, durante la dictadura de Primo de Rivera, «apenas se había asomado a la esfera pública», aunque «se vio, eso sí, en algunos actos de partido».⁴⁷

Tras la caída de la Dictadura y el comienzo de la *Dictablanda*, con su paulatina concesión de libertades, el republicanismo experimentó un auge ya imparable, lo que posibilitó que sus símbolos camparan por las calles de todas las ciudades españolas. Hasta el advenimiento de la Segunda República el 14 de abril de 1931, en que cambió la historia contemporánea de España. Y las plazas de toros como acicate. Recinto y animal convertidos en elementos simbólicos centrales de la vida pública. Con Monarquía o República. Con rojigualda o tricolor. Con *Marcha real* o *Himno de Riego*.

Después de la proclamación de la Segunda República, ya no fueron republicanos y socialistas los que salieron por las puertas grandes de las plazas. Antes al contrario, presidieron las corridas más importantes de la época. «Juzgando por el entusiasmo que he visto por los toros bajo la República —rememora Hemingway—, la fiesta moderna continuará en España, a despecho del gran deseo de los políticos actuales, de espíritu europeo, de eliminarla».⁴⁸ Ese, desde luego, no era el caso de Pedro Rico, flamante alcalde del Madrid republicano, quien tuvo la obligación y el honor —quizá el deseo y la suerte— de presidir varias corridas. Sin ir más lejos, la del 17 de junio, con la que iniciaba su actividad la plaza de Las Ventas, organizada con el objeto, leemos en *El Imparcial*, de «remediar la situación de los obreros sin trabajo». En el palco presidencial, junto a Rico, afamados toreros de comienzos de siglo, como *Guerrita*, Antonio Fuentes o *Bombita*; y en el palco de honor, Alcalá-Zamora, Lerroux, Miguel Maura y Azaña, esto es, el presidente del Gobierno Provisional de la República y tres de sus más destacados ministros, de distinta procedencia política.⁴⁹ Y es que, «la corrida, en el sentido tradicional de estos términos, no es de derechas ni de izquierdas»; bien lo acredita el auge de dichos festejos bajo la República y el público asistente a los mismos, de lo más variado política, social y culturalmente; «la Fiesta, en sí misma, carece de ideología y la que tengan aficionados y toreros no repercute en los ruedos».⁵⁰

⁴⁷ Moreno Luzón y Núñez Seixas, 2017, p. 188.

⁴⁸ Hemingway, 1993, p. 241.

⁴⁹ *El Imparcial*, 18.06.1931.

⁵⁰ Villán, 2006, pp. 8-9.

Espectáculos taurinos, durante el primer bienio de la Segunda República, los hubo por doquier. Pero uno de los más ruidosos fue el organizado en Las Ventas en mayo de 1933, con motivo del concurso de belleza *Miss Europa 1933*. Como reseñó *Crónica*, en referencia a madrileños y españoles, «lo mismo nos ponemos graves y conducimos a nuestros huéspedes por las salas del Museo del Prado para que admiren nuestro Ribera, nuestro Goya o nuestro Velázquez, que hacemos estallar de alegría las carteleras taurinas para ofrecer a las bellas forasteras nuestro más típico festejo». Para internacionalizarse por completo como ciudad, para mirar como país desacomplejado a Europa, no era necesario renegar de ciertas tradiciones nacionales, tan popularmente asentadas. Tal vez fuera eso lo que apreciaron en Las Ventas «las *misses* europeas», cada una de las cuales, de vuelta ya a casa, «guardará de Madrid el mismo recuerdo que nos deja esa persona que, sin ser rara, ni extravagante, ni insensible al influjo de la moda, sabe, sin embargo, conservar un sello personal e inolvidable».⁵¹ El 21 de octubre de 1934, cuando aún resonaban con estruendo los ecos tanto de la Revolución de Asturias como de la Proclamación del Estado Catalán, se inauguraba oficialmente la plaza de Las Ventas, con una corrida que contó como principal figura con Juan Belmonte, considerado unánimemente el mejor torero de la historia. Y así, encadenando corridas, aunque lo uno no llevaba a lo otro, se iba adentrando España en la Guerra Civil, trágico período en que la fiesta nacional adquiere «un significado político concreto: manifestación de la gallardía de la raza».⁵² Con las de sobra conocidas consecuencias.

El 18 de julio de 1936 estallaba la Guerra Civil. Y el 23 de agosto se celebraba ya una importante corrida. Para asombro de Mijail Koltsov, agente de Stalin y corresponsal de *Pravda* en Madrid, que, como anota en su *Diario de la guerra española*, acudió aquel día a Las Ventas para ver cómo

Sobre la plaza, llena a rebosar, aparece un avión. El público rumorea alarmado, pero sólo se trata de una pequeña avioneta deportiva. El aparato evoluciona, entra en picado y lanza octavillas. De todas formas, es una locura congregarse, sin temer a la aviación, a una hora tradicional, conocida de antemano. ¿O tal vez el domingo, a las cuatro de la tarde, hora de la corrida, la guerra civil se suspende?...

⁵¹ *Crónica*, 4.06.1933.

⁵² Villán, 2006, pp. 8-9.

El pueblo de Madrid, que esa tarde agotó las localidades de la plaza con más aforo de España, parecía volver a las andadas, esto es, al 98, mostrando el mismo desdén que por entonces. Aunque, en esta ocasión, el asunto era mucho más grave, pues la lucha no era sino fratricida, librada en suelo patrio. Pero no fue semejante indiferencia lo que más soliviantó al periodista y escritor soviético, sino la liturgia que desplegaron los participantes, desconocida hasta la fecha: «Comienza el paseíllo tradicional. Pero cuando la procesión medieval, después de cruzar el ruedo, se acerca al palco presidencial, los alguaciles, con sus chaquetillas negras, saludan con el puño en alto. Los toreros van vestidos con sus trajes, pero en lugar de montera lucen viseras proletarias». Una alteración simbólica sin precedentes que revela hasta qué punto se había ya politizado la fiesta nacional. Nunca antes, tampoco, habían cobrado los símbolos políticos tamaña relevancia. Véase, si no, el comportamiento — más o menos sincero — de uno de los diestros en liza, quien — más o menos obligado —

Dedicó el toro al Partido Comunista y a doña Dolores Ibárruri, lo que le valió una ovación. [...] De pronto, de una estocada, fulminó al toro. Más ovaciones, la orquesta toca *La Internacional* y el *Himno de Riego*, al vencedor le lanzan una gorra de miliciano, se la pone y da una vuelta al ruedo, con alegría impetuosa y juvenil. [...] Las mujeres muestran su descontento porque los toreros descuidan su vestimenta. Los hombres guiñan el ojo pícaramente: casi seguro que han sido los comunistas, que se han ganado a los toreros; esa gente es capaz de todo.⁵³

La fiesta nacional, pues, se politizaba por entero y para siempre. Y que los cosos taurinos iban a erigirse —ya lo venían haciendo— en escenario político-simbólico insoslayable no pasó desapercibido al bando sublevado, que redobló sus esfuerzos en esta materia. Así, el 14 de febrero de 1937, Falange patrocinaba, en la sevillana plaza de La Maestranza, una «grandiosa corrida de toros» con el objeto de recabar fondos para la lucha en el frente. Allí se dieron cita, entre otras figuras, Juan Belmonte, Marcial Lalanda y Domingo Ortega, cuyos nombres aparecieron en los carteles «sobre el fondo de un inmenso yugo y flechas», subrayados con el lema «¡ARRIBA ESPAÑA!»,⁵⁴ lo que coadyuvó formidablemente a la identificación de la fiesta nacional con el franquismo. El 1 de abril de

⁵³ Cit. por Ibídem, pp. 429-430.

⁵⁴ Amorós, 1999, pp. 45-46.

1939 terminaba la Guerra Civil. Y para festejarlo, nada mejor que abarrotar la plaza de Las Ventas, donde, a finales de mayo, se promovió una corrida en homenaje a la victoria sobre el bando republicano. Como cabía esperar, la plaza, apunta Federico M. Alcázar en *Madrid*, «está artística y sobriamente engalanada. Sobre la arena del ruedo aparece el escudo de España orlado por los colores de la bandera española». Pero a la hora de escenificar el paseíllo, como antes, durante y después de la corrida, ya no son pasodobles —música taurina por excelencia— lo que se escucha; ni siquiera el secular y patriótico *Viva España*. Antes al contrario, «suenan el grito triunfal y unánime de ¡Franco, Franco, Franco!», toda vez que la orquesta interpreta «los himnos nacionales» —no especifica cuáles—, que el público acoge «puesto en pie, brazo en alto». ⁵⁵ El 2 de julio, el eje taurino se desplazaba de nuevo a La Maestranza, día y sitio en que tomaba la alternativa *Manolete*, lidiando un toro llamado *Mirador*, después, pero... *Comunista*, primero. Aunque el júbilo máximo llegaría el 20 de octubre de 1940, con una corrida celebrada en Las Ventas en honor de Heinrich Himmler, jefe de las Waffen-SS, cuyo objetivo en Madrid no era sino gestionar la ulterior reunión de Franco y Hitler en Hendaya. El cartel de aquella corrida, de suyo espeluznante, no ofrecía duda alguna: «Sobre un fondo rojo, destacan, en blanco, dos símbolos: arriba, el yugo y las flechas; abajo, la cruz gamada». ⁵⁶

3. Franquismo, transición, democracia

Con la Guerra Civil volvieron a activarse muchos de los estereotipos que arrastraba España desde hacía varios siglos: era el español un pueblo atrasado y bárbaro, aquejado por una irrefrenable pulsión cainita. Una visión romántica que, así entonces como ahora, sería magnificada por artistas y escritores extranjeros, poco conocedores, en general, de la realidad española. En el XIX, sin ir más lejos, fue *Carmen*, la novela de Prosper Mérimée —luego llevada a la ópera por Georges Bizet—, quien diera forma al tópico (curas, bandoleros, gitanos, toreros...); y ya en el XX, la cosa correría a cargo, entre otros, de Hemingway. Una imagen que, mal que bien, acabó siendo aceptada desde el interior, por aquello de ofer-

⁵⁵ Cit. por Villán, 2006, pp. 275-276.

⁵⁶ Amorós, 1999, pp. 45-46.

tar siempre lo que se demanda. No en vano, el final del conflicto bélico coincide con el definitivo impulso a las corridas, encarnadas en la figura de *Manolete*, «el diestro de la inmediata posguerra [...]; el torero que rechaza, en México, los símbolos republicanos y encarna, así, el orgullo nacional».⁵⁷ Un torero cuya trágica muerte, acaecida en 1947 en la plaza de Linares (Jaén), transformó, durante muchos años, la realidad en mito. Tanto es así, que el cronista Gregorio Corrochano pidió «enterrar otra vez a *Manolete* y dejarle que descanse en paz».⁵⁸ Fue, asimismo, en la década de los cuarenta cuando cobran inusitada popularidad los encierros de San Fermín en Pamplona (Navarra), que se convierten, gracias a la literatura y la televisión, en la fiesta nacional más internacional. Fiesta que, como ya ocurriera con las corridas, ha ido progresivamente politizándose, a veces en sentido contrario a aquéllas.

Igualmente, la guerra, la posguerra y los casi cuarenta años de dictadura hicieron de la muerte uno de los elementos centrales de la vida pública —si es que tal cosa existía entonces—, que lo es, a su vez, de las corridas, hecho que diferencia a éstas de otro tipo de deportes o espectáculos. Era natural, por tanto, que empezara de nuevo a utilizarse la metáfora del toro, ya como recurso literario, ya como imagen de una parte de España o de su totalidad. Así, para Emilio Romero, periodista y escritor franquista hasta el final de sus días, lo que verdaderamente había que lidiar no era sino «el toro bravo de la decadencia española». Un toro al que, según reconoce, habían intentado lidiar, desde el 98 en adelante, políticos de toda gama. Aunque sin suerte. Porque, «pasada nuestra guerra, el toro estaba en la plaza y había que lidiarlo». Compleja tarea para la que se revelaba necesario, imprescindible, el concurso de la juventud. Y es que Romero llega a hablar abiertamente de lo que constituyó, desde el *Desastre*, la auténtica obsesión regeneracionista: modernizar España y situarla en el mapa. Para lo cual, concluye,

tendríamos que ir arrebatando terreno al toro: levantando fábricas, llevando aguas y máquinas al campo, expropiando tierras, formando especialistas y técnicos, gravando los beneficios de los pudientes, levantando un Estado comunitario, arrimándonos al toro. Una revolución así, acaso lenta, pero inexorable y segura, sería una obra de arte para este país.⁵⁹

⁵⁷ *Ibidem*, p. 47.

⁵⁸ Corrochano, 1999, p. 441.

⁵⁹ Romero, 1957, pp. 361-364.

El franquismo, ciertamente, adulteró la fiesta nacional hasta límites insospechados. Sin embargo, a medida que cumplía años, iba también modernizándose y, con ello, sustituyendo o resignificando algunos de sus símbolos: si *Manolete* había representado los avatares de una economía autárquica y una sociedad a la fuerza apolítica, *El Cordobés* demostraba ahora que un humilde joven de provincias podía, con sangre, sudor y lágrimas, ascender hasta el último peldaño del escalafón socio-económico. De forma paralela, personajes como Marisol, la llegada de la televisión, el Seat 600 —símbolo del surgimiento y consolidación de la clase media— o el turismo de playa contribuyeron magníficamente a la conversión de la oficial y negra imagen de España en un pastiche alegre y despolitizado. Y en ese *totum revolutum* habría de entrar —cómo no— el famoso toro de Osborne, que hoy se ve estampado en banderas rojigualdas y otro tipo de objetos, y que fue ideado por Manuel Prieto, militante... del Partido Comunista. La primera de estas vallas publicitarias, que anunciaba el coñac Osborne, data de 1957, y fue colocada en el kilómetro 55 de la Nacional I: «era un anuncio de madera, de cuatro metros de altura y con los cuernos blancos»; en 1961, «el animal creció hasta los siete metros y pasó a fabricarse en chapa de hierro, completamente en negro»; y años más tarde, «duplicó su altura, cuando la normativa obligó a alejarlo aún más de las vías».⁶⁰

Por si fuera poco, en los años cincuenta y sesenta, irrumpe nuevamente el fútbol (algo tuvo que ver el Real Madrid de Santiago Bernabéu y Alfredo Di Stéfano, con la conquista de seis Copas de Europa entre 1956 y 1966), que, junto a los toros, fueron la «antítesis del compromiso político», o, lo que era lo mismo, «el *pan y circo* del momento». Así lo supo ver el dibujante Antonio Mingote en una de sus viñetas, en la que se aprecia «a un torero con el capote extendido y una expresión de estupor al comprobar que del toril sale... botando un balón».⁶¹ Y así lo lamentaba, en 1951, el escritor falangista Agustín de Foxá: «Ya las nuevas plazas son verdaderos estadios de cemento, con altavoces y alegres anuncios de naranjadas sobre la puerta del toril, por donde antes *salía la Muerte*». Tema recurrente de su dilatada producción periodística, «el fútbol, en 1957 —prosigue Foxá—, es la fiesta nacional española, aunque se rasguen sus trajes cortos los taurófilos». Para Foxá, en suma, algo grave debía de estar pasando en España si «Sevilla tiene que cerrar la Maestranza cuando

⁶⁰ *El País*, 24.07.2018.

⁶¹ Núñez Florencio, 2013, p. 450.

empieza el Campeonato de Liga». ⁶² Pasaba que España, al fin, por fin, se modernizaba, se europeizaba.

En cualquier caso, al terminar el franquismo y dar comienzo la transición, ya no había duda alguna: el toro —las corridas, en su defecto— era un símbolo aceptado universalmente como español. Así lo demostraba, por un lado, el arte, desde Francisco de Goya y su serie de grabados *La Tauromaquia* hasta el cuadro *Guernica* de Pablo Picasso, pasando por el toro del artista comunista Josep Renau, inspirador, en parte, del toro de Osborne; un toro, el de Renau, que sirvió en 1936 tanto para anunciar la Gran Corrida de la Asociación de la Prensa como para ilustrar la portada de uno de los números de la revista valenciana *Nueva Cultura*, donde el animal aparece corneando a una amplia representación de lo que a la sazón serían las *familias políticas* del franquismo: católicos, falangistas... Y, por otro, la literatura: *Ruedo ibérico* fue el nombre de una importante editorial fundada y afincada en París, que cosechó un notable éxito publicando una ingente cantidad de obras de autores españoles antifranquistas, pero no sólo.

Con la transición, primero, y la democracia, después, la fiesta nacional experimentó un auge que parecía ser imparable, como así lo acredita la denominada Corrida del Siglo, acaecida en junio de 1982 en una atestada plaza de Las Ventas, y retransmitida a bombo y platillo por la televisión. Un repunte que, según señala Claramunt, obedece, entre otras razones, tanto a «la presencia de políticos nuevos, de todo color, en las plazas de toros» como al «acercamiento de los nuevos intelectuales a la Fiesta». ⁶³ Así, si para Antonio Gala las corridas son «algo arraigado al tuétano cultural de España», sólo equiparables a la lengua castellana, ⁶⁴ para Francisco Umbral los encierros de San Fermín no son sino «Iberia desmandada durante unos breves y acumulados minutos». ⁶⁵ Actitud crítica esta última que José Bergamín achaca al «rencor sentimental de intelectuales de improvisación, que son sentimentales disfrazados, sin sensibilidad todavía para su natural, y sobrenatural, espiritual, entendimiento». ⁶⁶ Un punto en el que se muestra de acuerdo Fernando Savater, al considerar que el debate sobre la pertinencia o no de las corridas, de plena vigen-

⁶² Foxá, 2003, pp. 117-120 y 287-290.

⁶³ Cit. por Forneas, 1994, pp. 25-26.

⁶⁴ Cit. por Amorós, 1999, p. 10.

⁶⁵ Umbral, 2015, pp. 144-145.

⁶⁶ Bergamín, 1985, pp. 16-20.

cia en España, «tiene lugar en un contexto generalizado de sensibilidad ecológica pro-animalista que ha convertido casi en lugar común lo que antaño fueron considerados remilgos de intelectuales extravagantes, contrarios al sentir popular».⁶⁷ A tenor, por tanto, de quien la ha estudiado de una u otra forma —poetas, escritores, intelectuales de todo el espectro político e ideológico—, la fiesta nacional no es de izquierdas ni de derechas, republicana o monárquica, democrática o dictatorial. Por si acaso, la duda la despejaría Enrique Tierno Galván, viejo profesor y alcalde socialista del Madrid de la Movida, con la publicación, en 1988, del libro *Los toros, acontecimiento nacional*, cuyos fondo y forma recuerdan enormemente las reflexiones de Pérez de Ayala. Como cuando afirma que «los toros son el acontecimiento que más ha educado social, e incluso políticamente, al pueblo español». O aquel otro pasaje en que sostiene nada menos que

A mi juicio, cuando el acontecimiento taurino llegue a ser para los españoles simple espectáculo, los fundamentos de España en cuanto nación se habrán transformado. Si algún día el español fuere o no fuere a los toros con el mismo talante con que va o no va al *cine*, en los Pirineos, umbral de la Península, habría que poner este sentido epitafio: *Aquí yace Tauridia*; es decir, España.⁶⁸

A la crítica taurina tampoco serían ajenas las instituciones del nuevo Estado democrático, empezando, claro está, por la Monarquía, encarnada en la persona de Juan Carlos I. El apoyo o no de la Corona a la fiesta nacional, ciertamente, venía de lejos, por mucho que las nuevas exigencias político-sociales pusieran el tema sobre la mesa. Es conocida la enorme afición que por los espectáculos taurinos manifestaron los Austrias, Carlos V y Felipe II, principalmente. Y sabido es, asimismo, el antitaurinismo de que siempre han hecho gala los Borbones, sobre todo, Carlos III y Carlos IV. Con algunas excepciones ya en el siglo xx. Como la de Alfonso XIII, quien, en mayo de 1915, escribe socarronamente Esplá, «hizo detener su carruaje en una carretera para saludar a *Joselito Maravilla*. El monarca y el torero marcharon largo trecho juntos, conversando de asuntos taurinos, tan necesarios en toda república bien organizada».⁶⁹ O como la de Juan Carlos I, que dio un importante espaldarazo a las corridas,

⁶⁷ Savater, 2010, pp. 13-14.

⁶⁸ Tierno Galván, 1988, pp. 22 y 41.

⁶⁹ Esplá, 2002, p. 18.

siendo, por ello, aplaudido y censurado. Y eso que su reinado, en este sentido, pareció no empezar con muy buen pie. En 1990, desde las páginas de *El País*, se advertía que «la presencia del Rey en las plazas es moderada», así como la del entonces Príncipe de Asturias, al que se invitaba a acudir a ellas, pues su concurso serviría «para avizorar el futuro de la fiesta, no sólo con tranquilidad, sino con optimismo».⁷⁰

Un consejo que el Rey, no así el Príncipe, se tomó muy en serio. Porque, tres décadas después, y previa abdicación, *El Mundo* hablaba del «apoyo incondicional del Rey a la Tauromaquia», como así lo prueba la celebración de su ochenta y un cumpleaños en enero de 2019, donde «no faltó un torero en su mesa».⁷¹ No obstante, el broche de oro a semejante vida taurina llegaría en junio de ese mismo año en la plaza de Aranjuez, que registró un lleno hasta la bandera, y donde se interpretó el *Concierto de Aranjuez* de Joaquín Rodrigo, se ondearon banderas rojigualdas y se vitoreó al Rey, a España y a la Guardia civil.⁷² No parecía merecer menos el «aficionado más ilustre» de la fiesta nacional; de ahí que la *Marcha real* se escuchara «con más emoción y respeto que nunca».⁷³ Tal vez porque, como apunta mordazmente Manuel Vicent, «ver a un rey de España en barrera aplaudiendo una estocada tiene un morbo patibulario».⁷⁴ Una populachera tendencia a la que, desde luego, no está contribuyendo Felipe VI, entronizado en 2014, pues constantemente se le reprocha no haber heredado de su padre y predecesor en el cargo tamaña afición. El cronista Antonio Lorca, sin ir más lejos, le ha echado en cara en varias ocasiones su ausencia en las plazas, siendo la más grave la de la Corrida de Beneficencia de 2016 en Las Ventas, «cita tradicional del jefe del estado con los aficionados a la tauromaquia». Para Lorca, semejante «desapego inexplicable» no constituye sino «una realidad desoladora». De ahí que, como remate, le dirija una dura advertencia sobre el futuro de la Monarquía, ampliamente cuestionada por algunos sectores político-sociales: «Nunca se sabe —la vida da muchas vueltas— si, algún día, el Rey recordará con añoranza su desapego actual porque pueda necesitar el mismo apoyo de la fiesta de los toros que hoy, con toda justicia, a él se le demanda».⁷⁵

⁷⁰ *El País*, 18.04.1990.

⁷¹ *El Mundo*, 9.01.2019.

⁷² *El Mundo*, 2.06.2019.

⁷³ *El País*, 3.06.2019.

⁷⁴ Vicent, 2001, p. 19.

⁷⁵ *El País*, 2.06.2016.

De la aplicación de la metáfora taurina tampoco saldrían indemnes aquellos rescoldos del franquismo que se avivaron el 23 de febrero de 1981, con el intento de golpe de Estado previo asalto del Congreso de los Diputados, escenario donde, según Vicent, «el torero principal, el golpista Tejero, de verde y negro funerario, sustituyó la montera por el tricornio y la espada por la pistola. De milagro no salió por la puerta grande después de cortar las orejas y el rabo». Una simbiosis político-taurina de la que no se libraría el Gobierno socialista de Felipe González, que llegó al poder en octubre de 1982 cosechando una amplia mayoría absoluta, tras de la cual, prosigue Vicent, «fueron a exhibirse con un puro en la boca en los burladeros de autoridades del callejón» de Las Ventas, donde «tomaron realmente la alternativa ante la sociedad». ⁷⁶ Y mediada ya la década de los noventa, con el PSOE afectado por varios escándalos de corrupción, el periodista José María Carrascal advertía al pueblo español de que «al toro de la corrupción, el maestro González no es que no le haya matado bien ni mal. Es que ni siquiera le ha metido la espada». Un texto que iba acompañado de una viñeta de Mingote, en la que se ve a González con traje de luces y descabello en mano, mientras su mozo de espadas, que hace las veces de votante socialista, le grita: «¡Cuidado, maestro, que éste se levanta!» ⁷⁷

Hay ocasiones en que se tauriniza la política. Y otras en que se politizan las corridas y otra suerte de espectáculos taurinos. Ejemplo de esto último es lo que viene ocurriendo con los encierros de San Fermín en Pamplona, en los que se produce un choque de símbolos constante. Los sanfermines, escribe en 1976 el cronista Joaquín Vidal, «están politizados», puesto que ya «apenas se oye aquel ¡Viva San Fermín!, que era como el trompetazo de la alegría. Se oye, en cambio, ¡Askatasuna!, a la vez exigencia y consigna, grito desgarrado». Vidal se refería al terrorismo de ETA, ala dura del independentismo vasco, que siempre reivindicó Navarra como territorio irredento, sin el cual sería imposible dibujar el mapa de Euskal Herria. Un tipo de terrorismo que surgió con el franquismo, creció con la transición y maduró con la democracia, politizando, de forma casi irreversible, los populares encierros sanfermineros. Porque, todavía en 1997, los etarras seguían en sus trece. El contexto era el secuestro y posterior asesinato de Miguel Ángel Blanco, joven concejal del PP en Er-

⁷⁶ Vicent, 2001, pp. 39 y 90.

⁷⁷ Mingote, 1993, pp. 50-51.

mua (Vizcaya). Y en la plaza de Pamplona, observa Vidal, una pancarta con el lema *Askatu* (libertad), pero no por Blanco, sino por los etarras presos, a la cual acompañaba «un cartel en blanco y negro con el símbolo de ETA. Arriba las siglas: ETA; debajo el hacha con el áspid envolviéndola. Siniestra colgadura». ⁷⁸ Por suerte para la sociedad vasco-navarra y, por ende, española, la mayoría de estos episodios nunca pasó a mayores, quedando reducidos a cierta banalización del terror. Como así acaeció en las fiestas de San Fermín de 1989, en las que el poeta Ángel González pudo comprobar que, en el Ayuntamiento, «entre las banderas oficiales que ondean en el edificio aparece de pronto una gran *ikurriña*. ¿*Querrán etarrozkar [sic] la ciudad?*, pienso alarmado. Por fortuna, no. La fiesta sigue siendo la fiesta, y llega a su clímax cuando un concejal de Herri Batasuna suelta el *chupinazo*, y aquí no ha pasado nada». ⁷⁹

Como ha visto Villán, «existe un oportunismo político que usa los toros como ariete nacionalista periférico frente al nacionalismo centralista español, al considerar las corridas santo y seña de la identidad política y moral de España». ⁸⁰ Así pues, la politización de la fiesta nacional —y sus variantes— que venía dándose en el País Vasco pronto encontraría eco en Cataluña, donde fue tomando cuerpo un enconado debate público en el que participaron activamente políticos e intelectuales de toda índole, como el propio Savater (firme defensor de las corridas) o el también filósofo Jesús Mosterín, este último con artículos en prensa y con la publicación, en 2010, del libro *A favor de los toros*, esto es, en contra de su muerte en las plazas. Los argumentos que inicialmente esgrimieron los partidarios de la prohibición fueron: por un lado, informes científico-técnicos sobre el estrés y sufrimiento a los que se ve sometido el toro; por otro, la escasa afición taurina de Cataluña, en plural, y Barcelona, en singular. La realidad, no obstante, demostró bien temprano que lo que detrás de ese argumentario prohibicionista se escondía no era sino la consideración de las corridas como símbolo eminentemente español. Una insoponible mácula para el independentismo más iracundo. Si no, no se explica que se arremetiera contra las corridas al tiempo que se protegían otros festejos taurinos en las calles, los cuales adquieren, en ocasiones, mayores visos de crueldad. O cómo explicar que, en septiembre de 2011, en lo que sería la última corrida celebrada en La Monumental, el torero José Tomás

⁷⁸ Vidal, 2002, pp. 29-31 y 44-45.

⁷⁹ González, 1998, pp. 166-168.

⁸⁰ Villán, 2006, pp. 413-414.

colgara, en su plaza talismán, el letrero de «agotadas las localidades»; o que el día anterior, en otra célebre corrida, los tres diestros en liza salieran por la puerta grande «rodeados de aficionados que gritaban ¡*Liber-tad!*, tras lo que recorrieron la Gran Vía a hombros envueltos en banderas catalanas».⁸¹ Y es que, «para bien o para mal, los festejos en torno al as-tado», ha resumido Núñez Florencio,

constituyen un elemento consustancial a España y lo español, tanto para los naturales como para los foráneos, en el ayer y el presente, en el arte y la literatura, y todo ello con derivaciones importantes hacia los más diversos ámbitos, desde la política hasta el lenguaje, desde la música hasta la gastronomía.⁸²

Hasta la justicia, incluso. Porque el debate parlamentario sobre la prohibición de la fiesta nacional en Cataluña coincide plenamente con la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatuto de Autonomía de Cataluña de 2006, haciendo para siempre indivisible el tándem política-toros. Durante la Feria de Abril de Sevilla de 2010, tres magistrados del TC fueron fotografiados en un burladero de La Maestranza, acompañados de César Cadaval, uno de los integrantes del dúo cómico Los Morancos.⁸³ Desde luego, flaco favor hacía a las causas taurina y política la identificación, a escasos días de emitirse la sentencia, de la España más solemne y sesuda con la España más alegre y dicharachera. O no. Porque, un mes después, Enric Juliana, director de *La Vanguardia*, hablaba del fracaso del «trío de la Maestranza», el cual no había podido «rematar la faena», al no prevalecer su criterio sobre el resto de los integrantes del TC.⁸⁴ Entretanto, a finales de julio, la noticia ya corría como la pólvora: la Iniciativa Legislativa Popular que abogaba por la prohibición de las corridas en Cataluña cosechaba un rotundo éxito al ser discutida por el Parlamento de Cataluña y aprobada por 68 votos a favor, 55 en contra y 9 abstenciones. Pero el tema no se zanjaría, aunque de manera provisional, hasta finales de agosto de 2010, con la publicación en el *BOE* de la «Ley 28/2010, de 3 de agosto». En el Preámbulo se sostenía, entre otras cosas, que «la consideración del toro como un ser vivo capaz de sufrir ha arraigado en el sen-

⁸¹ *La Vanguardia*, 25.09.2011.

⁸² Núñez Florencio, 2013, pp. 455-456.

⁸³ *El País*, 27.04.2010.

⁸⁴ *La Vanguardia*, 20.05.2010.

timiento de la sociedad catalana»; hecho que legitimaba la redacción del Artículo primero, por virtud del cual se prohibían

las corridas de toros y los espectáculos con toros que incluyan la muerte del animal y la aplicación de las suertes de la pica, las banderillas y el estoque, así como los espectáculos taurinos de cualquier modalidad que tengan lugar dentro o fuera de las plazas de toros, salvo las fiestas con toros a que se refiere el apartado 2,

el cual aclaraba que «quedan excluidas de estas prohibiciones las fiestas con toros sin muerte del animal (correbous) en las fechas y localidades donde tradicionalmente se celebran. En estos casos, está prohibido inferir daño a los animales». ⁸⁵ Una ley que habría de entrar en vigor el 1 de enero de 2012 y con la que quedaba, pues, confirmada la sospecha de que lo que había animado la prohibición de las corridas en Cataluña era un fuerte recelo antiespañolista. Así lo supo ver una viñeta de *La Razón*, en la que un ciudadano catalanista enseña una banderilla adornada con los colores rojo y gualda, diciendo: «Esto es una banderilla; la parte de abajo causa heridas leves al toro y la parte de arriba hay que reconocer que ha causado esta comisión». ⁸⁶

Por las polémicas que suscitó en Cataluña y el resto de España, el tema iba a traer cola. En octubre de 2016, el TC restauraba la celebración de corridas en Cataluña, argumentando que su prohibición «invade competencias estatales en materia de cultura». ⁸⁷ La literalidad de la sentencia no ofrecía dudas: se declaraba «inconstitucional y nulo el art. 1 de la Ley de Cataluña 28/2010, de 3 de agosto». ⁸⁸ ¿Alguna suerte de capricho del sistema judicial español? Nada más lejos de la realidad. En 2019, en Portugal, el Tribunal Administrativo y Fiscal de Oporto declaraba «inconstitucional la decisión del Ayuntamiento de Póvoa de Varzim de prohibir la realización de corridas de toros en el municipio». ⁸⁹ ¿Los argumentos? Los ya esgrimidos por la justicia española, a saber: que «el derecho al toreo» forma parte de la «libertad de creación cultural», siendo, en consecuencia, «protegido por normas jurídicas de naturaleza vinculante, sea en el

⁸⁵ *Boletín Oficial del Estado*, 24.08. 2010.

⁸⁶ Cit. por Savater, 2010, p. 78.

⁸⁷ *Público*, 20.10.2016.

⁸⁸ *Boletín Oficial del Estado*, 20.10.2016.

⁸⁹ *El Mundo*, 11.09.2019.

marco europeo, sea en el marco nacional».⁹⁰ Las tan españolas corridas de toros, pues, se europeizaban por completo y para siempre, dejando atrás —la historia dirá hasta cuándo— la siniestra imagen que las aquejaba. Sobre todo, en algunas localidades del sur de Francia, como Céret, donde, de forma paralela a la prohibición de las corridas en Cataluña, un sector de la sociedad catalana reafirma su catalanismo celebrando... corridas de toros. Un sinsentido que se hizo patente, por ejemplo, a finales de julio de 2019, cuando Céret fue testigo de cómo «ninguna bandera gala preside ni adorna su coso taurino»; antes al contrario, se aprecian «decenas de senyeras colocadas dentro y fuera del recinto». A mayor abundamiento, la orquesta incluye «pasodobles, sí, pero también sardanas y marchas revolucionarias, como la *Santa Espina*, tocada siempre antes de la salida del último toro». Y, para colmo, «antes del paseíllo y con todo el público en pie, suenan los acordes de *Els Segadors*, el himno oficial de Cataluña».⁹¹

4. Epílogo: el toro, ¿un símbolo español?

A comienzos del siglo XXI, la fiesta nacional, señala Vidal, «no tiene media torta».⁹² El momento, pues, era propicio para que la batalla se dirimiera en el plano simbólico, con el toro en el punto de mira, único animal en España capaz de aglutinar en su derredor toda clase de amores y odios. En agosto de 2007, la prensa alertaba de que un grupo independentista, llamado La Bandera Negra, había derribado el único toro de Osborne que quedaba en Cataluña. El motivo, según reivindicaron sus autores, no era otro que «limpiar» la «sagrada» montaña de Montserrat de la «inmundicia cornuda española que pretendía ensuciarla».⁹³ Un toro que volvía a ser derribado en febrero de 2009, siendo «la quinta vez que ocurre esta acción, siempre protagonizada por grupos independentistas».⁹⁴ El argumento era el mismo que había animado, en otras ocasiones, la quema de banderas roji-gualdas o la destrucción de retratos del Rey: un ataque frontal a los fundamentos simbólicos de España como nación, aunque con ello se reconociera abiertamente al toro —en general— y al toro de Osborne —en particular—

⁹⁰ *El Mundo*, 9.10.2019.

⁹¹ *El País*, 24.07.2019.

⁹² Vidal, 2002, pp. 218-219.

⁹³ *El País*, 3.08.2007.

⁹⁴ *La Razón*, 25.02.2009.

como símbolo radicalmente español. Una forma de proceder que se reveló explícita cuando el independentismo tuvo a bien echarse a la búsqueda de un animal que encarnara la identidad nacional... de Cataluña. Hasta que encontró al burro catalán, «sarcástica respuesta al toro de Osborne», que, durante años, se utilizó profusamente como logo para todo tipo de objetos. Sirvió, asimismo, como «reclamo de una colección de libros en catalán». Y dio pie, igualmente, al lanzamiento de la campaña *Planta't el burro*, la cual, según sus patrocinadores, «nace como una respuesta reivindicativa que pretende luchar contra el centralismo uniformizador expresado en símbolos como el toro o la matrícula española». ⁹⁵ Paradójicamente, la trayectoria del burro-animal fue inversamente proporcional a la del burro-símbolo, pues el crecimiento exponencial del independentismo —que llegó a su punto álgido el 1 de octubre de 2017— coincide con la inminente desaparición de esta raza equina autóctona, en grave peligro de extinción.

Actos para mancillar o, en el mejor de los casos, resignificar el toro de Osborne los hubo por doquier. Y no necesariamente independentistas, por mucho que confirmen que se trata a todas luces de un símbolo arraigado profundamente en la cultura y sociedad españolas. Así, al menos, parece desprenderse de lo ocurrido, en mayo de 2017, en Santa Pola (Alicante), donde un grafitero apodado Sam3 convirtió el toro de Osborne en «un símbolo anti-taurino», al pintar sobre él un fragmento del cuadro *Guernica* de Picasso. ⁹⁶

Si el león había sido el símbolo del pueblo español en el XIX, el toro —con o sin el apellido Osborne— era el animal que mejor había representado política y socialmente a España en el XX y lo que iba del XXI. Por cierto, ¿qué fue del león, aquel feroz y lozano animal que despertó a fines del XIX para, en el XX, y salvo en el período de la Segunda República, ser relegado por el toro a un segundo plano? Ardua tarea, menos propia de historiadores que de antropólogos, la de averiguarlo. Porque, a pesar de todo, ahí sigue, siendo frecuente la utilización de la metáfora felina, por ejemplo, en el deporte (*Las leonas* es el apodo que recibe la selección femenina española de rugby). Más raro resulta, no obstante, que el león venga a fundirse con el toro en un todo simbólico, cosa que no sucedió a fines del XIX. En julio de 2019, un toro de Osborne, leemos en *El Periódico*, «se ha transformado en un león». La razón no era otra que el *remake* que la productora norteamericana Disney lanzaba de su famosa película de animación *El rey*

⁹⁵ *El País*, 3.10.2004.

⁹⁶ *El Periódico*, 23.05.2017.

león. De esta manera, pues, pudo verse «un espectacular perfil del personaje de Simba en plena M-40 de la capital de España».⁹⁷

«Todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros» fue la principal sentencia que para la historia dejó George Orwell en *Rebelión en la granja*.⁹⁸ Entre ellos, desde luego, se encuentra el toro, que, desde hace miles de años, ha apuntado Cobaleda, «fue uno de los máximos exponentes simbólicos que el hombre encontró en el cosmos para referirse a sus dioses».⁹⁹ Singularmente, en España, aunque sea cierto, como ha afirmado Cossío, que «nada telúrico ni geográfico ha determinado la relación milenaria del hombre español con el toro».¹⁰⁰ Sin embargo, esta frecuente relación, durante siglos ininterrumpida, acabó convirtiendo al toro en símbolo, como pocos, de España y lo español. Por tanto, con unos símbolos oficiales —la *Marcha real* y la rojigualda— en entredicho, quizá sea el toro —en dura competencia con la letra ñ— el único símbolo capaz de poner de acuerdo, para bien o para mal, a todos los españoles. Pero esa losa de la crueldad... Una tarde, de regreso a Madrid, evoca Vicent,

divisé sobre un teso la silueta de un toro altivo perfilada en el paisaje, que antes anunciaba el coñá Osborne. Era el tótem hispánico, el paradigma mitológico de tantas ceremonias genésicas, la fuerza misteriosa que arrebató a la ninfa Europa. Pensé que ese toro sólo podía convertirse en un símbolo si sólo era adorado pero nunca humillado, escarnecido ni asesinado como aún sucede ahora.¹⁰¹

Bibliografía

- ALAS ARGÜELLES, Leopoldo, *Obra periodística de Leopoldo Alas Argüelles (1883-1937)*, Ediciones Trea/Universidad de Oviedo, Gijón/Oviedo, 2017.
- ALEIXANDRE, Vicente, *Poesías completas*, Visor Libros, Madrid, 2001.
- AMORÓS, Andrés, *Toros, cultura y lenguaje*, Espasa Calpe, Madrid, 1999.
- BEN-AMI, Shlomo, *Los orígenes de la Segunda República: anatomía de una transición*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.

⁹⁷ *El Periódico*, 16.07.2019.

⁹⁸ Orwell, 2010, p. 165.

⁹⁹ Cobaleda, 2002, p. 23.

¹⁰⁰ Cossío, 1997, p. 17.

¹⁰¹ Vicent, 2001, pp. 191-198.

- BERGAMÍN, José, *El arte de birlibirloque*, Turner, Madrid, 1985.
- CARBALLA, Noa, *La prohibición de la fiesta en Cataluña. Calidad informativa y framing*, Publicaciones Universidad Pontificia, Salamanca, 2014.
- COBALEDA, Mariate, *El simbolismo del toro. La lidia como cultura y espejo de humanidad*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.
- CORROCHANO, Gregorio, *Tauromaquia*, Espasa Calpe, Madrid, 1999.
- COSSÍO, José María de, *Los toros. Tratado técnico e histórico. La fiesta, el toro, la plaza y el toreo. I*, Espasa Calpe, Madrid, 1997.
- COSTA, Joaquín, *Obra política menor (1868-1916)*, Fundación Joaquín Costa/Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2005.
- ESPLÁ, Carlos, *Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París. Crónicas de París y otros escritos periodísticos. 1916-1930*, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 2002.
- FORNEAS, María Celia, *Toros en Madrid*, Ediciones Pirámide, Madrid, 1994.
- FOXÁ, Agustín de, *Artículos selectos*, Comunidad de Madrid/Visor Libros, Madrid, 2003.
- GONZÁLEZ, Ángel, *50 años de periodismo a ratos y otras prosas*, Ediciones Nobel, Oviedo, 1998.
- HEMINGWAY, Ernest, *Muerte en la tarde*, Planeta, Barcelona, 1993.
- HIERRO, José, *Sonetos*, Universidad Popular, Madrid, 1999.
- LARRA, Mariano José de, *Artículos varios*, Editorial Castalia, Madrid, 1976.
- MINGOTE, Antonio, *Las portadas de ABC*, Grupo Libro, Madrid, 1993.
- MORENO LUZÓN, Javier y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M., *Los colores de la patria. Símbolos nacionales en la España contemporánea*, Tecnos, Madrid, 2017.
- NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael, «Los toros, fiesta nacional», en MORENO LUZÓN, Javier y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, RBA, Barcelona, 2013.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Sobre la caza, los toros y el toreo*, Revista de Occidente/ Alianza Editorial, Madrid, 1986.
- ORWELL, George, *Rebelión en la granja*, Ediciones Destino, Barcelona, 2010.
- PRIETO, Indalecio, *Palabras al viento*, Ediciones Oasis, México, 1969.
- ROMERO, Emilio, *La paz empieza nunca*, Planeta, Barcelona, 1957.
- SAVATER, Fernando, *Tauroética*, Ediciones Turpial, Madrid, 2010.
- TIERNO GALVÁN, Enrique, *Los toros, acontecimiento nacional*, Turner, Madrid, 1988.
- TOWNSON, Nigel, *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936)*, Taurus, Madrid, 2002.
- UMBRAL, Francisco, *Diario de un noctámbulo*, Planeta, Barcelona, 2015.
- VARELA, Javier, *El último conquistador: Blasco Ibáñez (1867-1928)*, Tecnos, Madrid, 2015.
- VEGAS LATAPIÉ, Eugenio, *Memorias políticas. El suicidio de la Monarquía y la Segunda República*, Planeta, Barcelona, 1983.

VICENT, Manuel, *Antitauromaquia*, Aguilar, Madrid, 2001.

VIDAL, Joaquín, *Crónicas taurinas*, Aguilar, Madrid, 2002.

VILLÁN, Javier, *La crítica taurina. Antología*, Editorial Mare Nostrum, Madrid, 2006.

Financiación

Este artículo es resultado del proyecto de investigación HAR2016-77416-P, *Diccionario de símbolos políticos y sociales. Claves iconográficas, lugares de memoria e hitos simbólicos en el imaginario español del siglo xx*, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

Datos del autor

José Luis González Fernández es Licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid (UCM) y Doctorando en Periodismo por la UCM. Realiza una tesis doctoral sobre simbología política en la España del siglo xx bajo la dirección del profesor Juan Francisco Fuentes, Catedrático de Historia Contemporánea en la UCM. Ha colaborado en el proyecto de investigación subvencionado por el MINECO (2017-2020), titulado DICCIONARIO DE SÍMBOLOS POLÍTICOS Y SOCIALES: CLAVES ICONOGRÁFICAS, LUGARES DE MEMORIA E HITOS SIMBÓLICOS EN EL IMAGINARIO ESPAÑOL DEL SIGLO XX (HAR2016-77416-P), que han dirigido los profesores Juan Francisco Fuentes y José Carlos Rueda Laffond. Su actividad está inscrita en el Departamento de Relaciones Internacionales e Historia Global de la Facultad de Ciencias de la Información de la UCM. Sus áreas de conocimiento son: Historia de las Ideas Políticas, Historia de la Propaganda, Simbología Política, Republicanismo Español.